

Tres jalones con y contra el lenguaje

Ana Cristina Ramírez Barreto

*A Itzia y Zacil
amadas simias angélicas*

QUE QUIERO SER TU AMIGA, PIN-PÓN, PIN-PÓN, PIN-PÓN

La primera vez que me puse a cantar Pin-pón con mi hija mayor caí en la cuenta de que yo la había aprendido de niña diciéndome amigO de Pin-pón. En cuestión de segundos y sin demorar la fluidez de la cantinela, una marejada de recuerdos espumeando de reflexiones se me vino encima. Ahora pretendo ponerlas en claro.

Yo no aprendí ni canté Pin-pón en una situación individualizada jamás. Veo que tal vez ni siquiera me la canté a mí misma, mentalmente. Fue en el Jardín de Niños de Texcoco, donde tuve que quedarme a pesar de que la maestra también salía del salón dejando una sentencia colgada del techo: “¡NiñO que se pare o se ponga a platicar, lo llevo a la Dirección!”. No estoy segura de qué idea tendría de “La Dirección” pero sí de que esa sola amenaza ya me había hecho conocer varias escuelitas de la zona. Así de tortuosas debieron ser las chilletas que les hacía a mi madre y a mi padre.

Lo importante es esto: yo no dudé de que me tocara ser amiga de Pin-pón a pesar de que en el salón cantábamos como si todos fuéramos niños. Tampoco se me ocurrió explorar la posibilidad de evadir la obligación de ir a la escuela argumentando que era un Jardín de Niños, no de Niñas. Además sabía con absoluta

seguridad que la amenaza de ser llevada a la dirección me incluía con todos los demás niños. A muy temprana edad se automatiza perfectamente la pirueta mental que pone las palabras y las cosas (en este caso “personas” sexuadas) en el lugar indicado, con todos los matices y asegunes de cada situación, pues soy amigA si estoy sola, pero amigO si canto en grupo. Enfatizarle la A del femenino a mi hija y reirnos de tal énfasis podría verse como una pequeña rebeldía; traté de darle confianza a mi hija para que se cantara amigA no sólo conmigo —otra A—, sino también en el salón, con todos los niños ¡Pues que cada quien se cante como le toca, caramba!

1. DÉME UNA MONOGRAFÍA DE “LA EVOLUCIÓN DEL VARÓN”, POR FAVOR

El sistema automático para saber incluirme o no en algunos sustantivos masculinos y neutros funcionó perfectamente por largos años. Recientemente me sorprendí de la ausencia de elementos referenciales o simbólicos con que sostener la inclusión de las mujeres en las monografías de “La evolución del hombre” que se compran en cualquier papelería. Para acabar rápido una tarea de Ciencias Naturales o Historia, no hay nada mejor que ir a la esquina y con un peso comprar la imagen de esa gloriosa “marcha”. De menos a más, de un mono peludo, encorvado que no carga nada más que sus caninos, vamos avanzando paso a paso hacia la figura erguida, alta y grácil del hombre moderno. Después del primer paso, que es la bestialidad

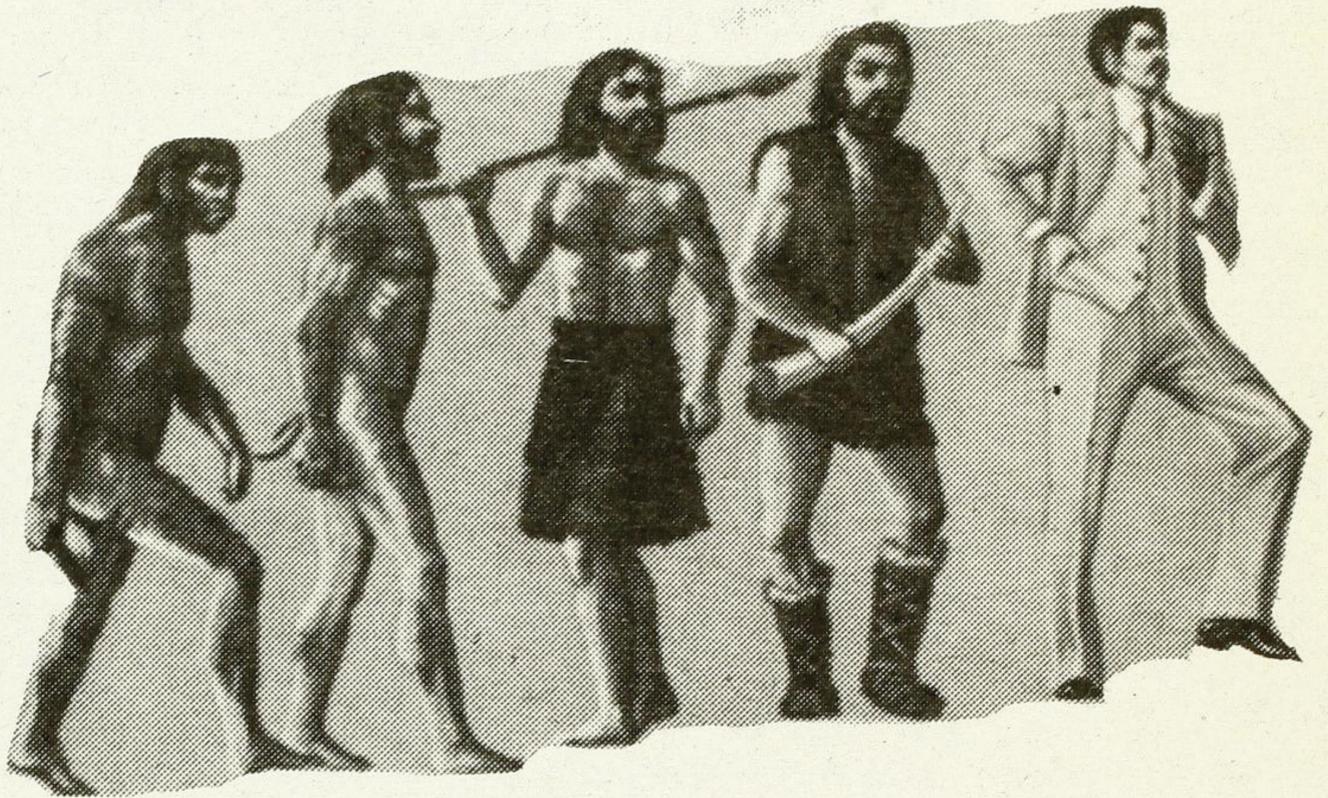
pura, es decir, el animal sin atributos, todos los momentos de la "marcha" (*Australopithecus ramidus*, *A. afarensis*, *Homo habilis*, etc.) cargan con algún atributo adecuado al nivel de evolución técnica y mental que les corresponde: una mandíbula de animal, una piedra tallada en modo olduvaiense, una lanza de madera endurecida al fuego, una lanza compuesta (punta de piedra tallada fijada sobre un mango de madera) y, finalmente, aparece la garrocha en un deportista, el libro en algo parecido a un abogado...

Anatomía y tecnología en perfecta co-evolución; como si la una impulsara a la otra, la gran marcha de la evolución del hombre. Anatómicamente, el impulso hacia arriba parece venirle de adentro, de sus propias condiciones y elementos dados: se empieza a erguir, los pies dejan de ser manos, las manos dejan de ser pies, el hocico se retrae como boca, las mandíbulas se achican y debilitan, la caja craneal se agranda, la frente se prolonga, el cráneo se equilibra centrándose en la columna, la columna se contorsiona en forma de S, la pelvis se "aplana",¹ las vísceras (pectorales, ventrales y genitales) quedan expuestas al frente, los huesos de los brazos se acortan, los huesos de las piernas se alargan, las rótulas se compactan y dirigen los aplomos, el pelo se hace más delgado, más corto (en ciertas zonas es apenas la pelusilla del feto del chimpancé), más claro, quedando residualmente en los pliegues de genitales y axilas, cabeza, cejas y casi siempre barba y bigote para el *Homo de Neandertal*, quién sabe por qué.

Nada tangencial a esta representación didáctica es el arma, generalmente vista como "la herramienta" o instrumento que porta.² La potencia interna para realizar estos cambios en el propio cuerpo humano, digamos, para auto-crearse un cuerpo humano, tienen que ver con la banda de Möbius que conecta el intramundo con el extramundo, aquí representado por un instrumento. Del hueso tomado como viene dado por la naturaleza, a la lanza que supone tres elementos a articular, ninguno de ellos simplemente dado, todos proyectados: punta de lanza en piedra lascada, vara recta y uniforme (control del vuelo o inserción del proyectil), artificio de ensamble rígido empalme y amarre (sujeción de la piedra en la madera por incrustación y fijación con fibra animal o vegetal en-

volvente, rematada en algún nudo, botón, tarugo; amarre del amarre o sujeción de la sujeción).

El arma tiene su propia "política de realidad"; con golpe contundente o con penetración, por trituración o por lesión en órganos y tejidos, el sentido del arma es el control en corto, el mantener a distancia lo extraño y lo identificado como indeseable, provocar daño y por supuesto la muerte "limpia", esa en la que no es la mandíbula la que mata, sino un proyectil que se le adelanta.³



LA APARICIÓN DEL HOMBRE

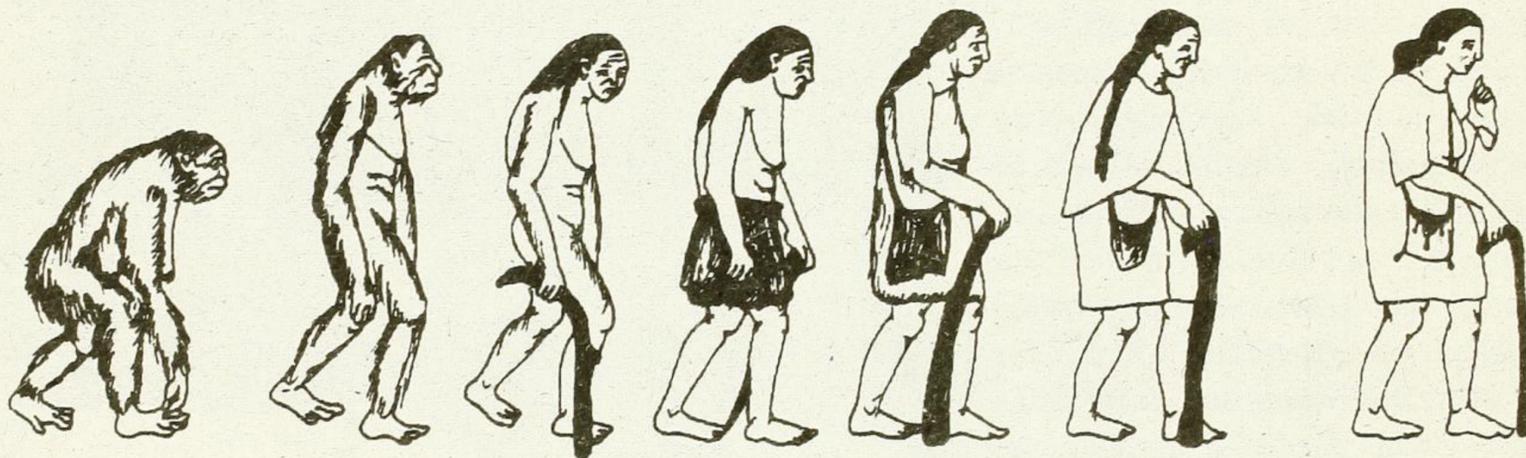
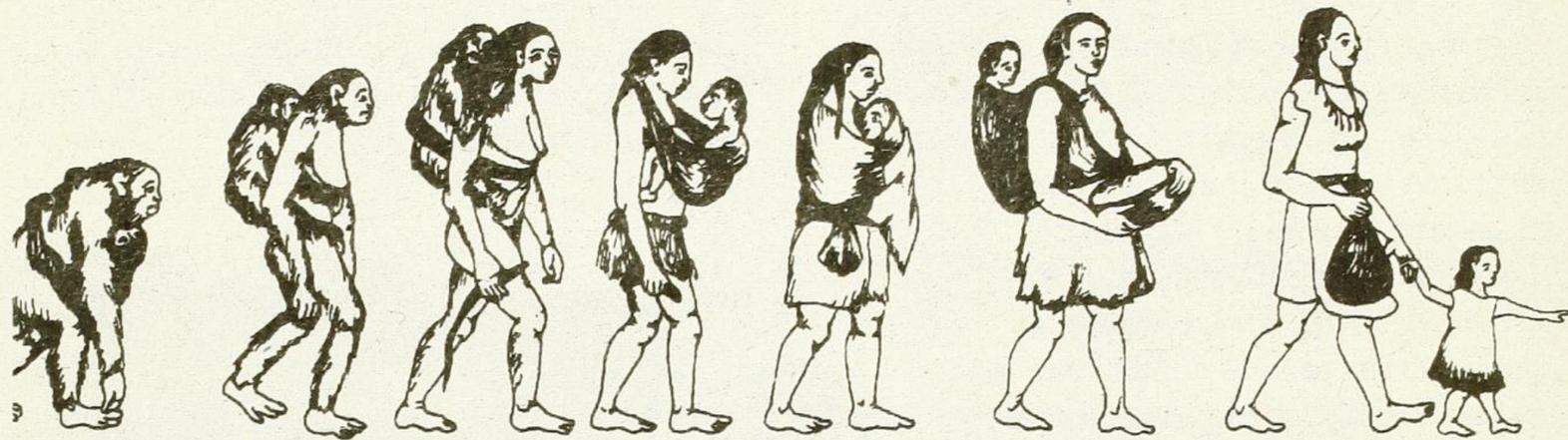
Nos representamos en línea ascendente, limpia, joven, fuerte, sana, bella, viril y armada. Formarnos en este prejuicio nos dio un mundo —una interpretación del mundo— sobre el cual ya no pensamos. Nos ha permitido pensar otros problemas, pero no este problema basal. Hoy debemos denunciar que tal representación es una renuncia a pensar; que sus perversas omisiones, distorsiones y enfoques hoy están transvasados en *la situación más peligrosa posible*: la formación espiritual, racional, emocional y sensible ha sido mutilada, tortuosamente deformada *para que sólo le creciera una parte a costa de todo lo demás*.

Hoy, este animal deforme que se representa en las monografías y al cual llamamos Homo sapiens necesita ser des-construido. Debemos mostrar y demostrar que su marcha victoriosa es falsa y que continuar juzgándola como verdadera equivale a comprometer el destino del planeta.

Es mutilante y catastrófica esta política

de realidad que demarca lo significativo de la condición humana a través de su relato del *arjé* —principio, origen, norma— del hombre, que no de la humanidad. En esta “política de realidad” la vida en común, efectiva y plural, está ausente. Confunde lo bio-culturalmente más significativo con lo materialmente más perdura-

des y enunciaciones, un cuerpo en el que la evolución ha dejado trazas más dramáticas; un cuerpo cambiante, que no es uno sino muchos. Más que un cuerpo se trata de un proceso, pues es un lugar de referencia a otros cuerpos. Cuerpo-bisagra social, vital y técnica: el cuerpo femenino.



R. RAYA

ble a lo largo de los milenios: hay residuos de realidad de la cacería y la industria lítica —ésta última a veces excesivamente asociada a la primera— de hace 1.2 mda, pero no se han hallado residuos de ninguna otra manifestación plasmada en materiales menos resistentes al tiempo (cuero, fibras vegetales, madera, etc.). No es posible inferir de aquí su inexistencia, menos aún obviar su importancia en el orden hominizador. Más todavía, debemos reconocer su necesaria manufactura, so pena de desequilibrar ridículamente la representación homínidos y prehomínidos: aptos para proyectar filos en piedras romas, pero absolutamente imbéciles para hacerse de la mínima tecnología que exige el modo de vida fórico⁴ —caminar y transportar.

La política de realidad de la antropogénesis evolucionista hoy debe ser rasgada. Oculta una franja de orden y de realidad que está a la base de esa figura masculina que se yergue y avanza aisladamente con su proyectil. ¡No, no y no! Ahí se ha tachado de entre las visibilida-

¿Por qué invisibilizar el cuerpo femenino en estas marchas evolutivas, en todas sin excepción? Por “pudor” posiblemente, pues todas las representaciones —del varón en evolución— ocultan los genitales con el avance de la pierna, cuando se trata de formas tempranas, y con taparrabos o traje cuando se se trata de *Homo sapiens*. En la representación de la evolución femenina sería muy difícil ocultar los senos, las nalgas y los genitales simultáneamente, pues no es un paso natural el que se da avanzando pierna y brazo del mismo lado. Además, la elección de dibujar un varón reduce muchas otras elecciones problemáticas; el varón que evoluciona es un adulto, sano, fuerte, blanco y guapo —según juzgamos por el último ejemplar representado—. El paradigma de la evolución del hombre es el varón con estas características. Ni infante, juvenil, enfermo, deforme, ni negro ni viejo, mucho menos mujer. Si a uno de los artistas que ha continuado la tradición de dibujar “La marcha evolutiva del hombre” se le

hubiese ocurrido pintar una mujer, el empantamiento hubiese sido claro: ¿cuál es el paradigma de la mujer? ¿una joven blanca, como una modelo o una barbie? ¿deberá ir embarazada? ¿qué tanto? ¿cómo se puede tapar tanta impudicia? ¿haciéndola peluda hasta el final? ¿qué le pongo en la mano en vez de quijada de burro, piedra tallada y lanza? ¿cuáles son sus atributos? ¿qué la hizo caminar erguida? ¿no deben ir niños y viejos a su alrededor?

“La evolución del hombre” rasgó el tejido de “La creación del hombre” imponiendo la imagen de un varón adulto, impulsado a la grandeza por su propio poder, viril, autosuficiente, autoposicionado... y solo.⁵

“La evolución de la mujer”, cuadro todavía inédito, rasgaría el tejido de “La evolución del hombre”, mostrando la multiplicidad y singularidad de historias de vida articuladas y mutuamente dependientes. “La evolución de la mujer”⁶ pintaría la evolución de la humanidad, en su esencial y universal incompletud.⁷

2. Y ¿CÓMO PUEDO COMPRENDER LA UNIVERSAL ONTOLOGICIDAD DEL LENGUAJE Y DEL COMPRENDER? ¿DE DÓNDE NOS VIENE ESE PECULIAR MODO DE SER, SER-AHÍ?

Ese singular instrumento cultural que es el rebozo primitivo está inmerso en una red de funciones y significaciones que no podemos pasar por alto: valorar, recolectar, observar, examinar, comparar, estimar, pronosticar, preguntar... todas son funciones que convergen en la recolección, y no como acto solitario y bruto, sino como una práctica social de interés comunitario.⁸ A la significación del proto-rebozo le es inherente una vida en común con heterogéneos, un “tú hijo, tú planta, vente conmigo aunque tus fuerzas no te den para seguirme, por eso cargo esto que te soporta, este apoyo que me ayuda a apoyarte”. No se estima valioso sólo lo igual, sino también lo diferente. Gracias a su diferencia se aprecia, se “arregunta”, se transporta. El bebé, la piedra, el tubérculo, la flor, no es un igual de su recolector/a. Por eso los lleva. El trabajo recolector y forrajeador precisa la negociación —o mediación— entre oposiciones y exige una práctica social dialógica, exige poner en juego diversas interpretaciones y enfoques que deben ponderarse con lo ya sabido, con la

tradicción: ¿Qué llevar que pueda ser valioso en el futuro⁹ y que mientras tanto no sea un estorbo? ¿Habrá cargas tan pesadas pero tan valiosas que detengan la marcha y asienten temporalmente una comunidad? ¿quizá niños, ancianos, enfermos, una enorme piedra, un ojo de agua, un lugar tranquilo y protegido? Saber qué detuvo la marcha implica saber qué se buscaba, cuál es la pregunta/destino que guía al grupo.

En la diáspora humana por el planeta no fue la tan pintada lanza la que comandó los viajes y las direcciones,¹⁰ sino el rebozo y el morral, el utensilio que según el contenido *dado* enviaba a buscar *lo posible*. El morral o rebozo es la fuente de la pregunta, el motivo del conversar y la punzada para caminar, erguirse, ver de frente y girar la cabeza a ver quién se queda y por qué. La lanza es una prolongación técnica del rebozo. Es su criatura. Su Golem. Su Frankenstein.

Usualmente es la caza mayor la actividad protagonista en los relatos del proceso de hominización. La preferencia es obvia: es una actividad que exige comunicar un proyecto, coordinarse socialmente, instrumentar acciones, inaugurar la figura del padre,¹¹ actuar en conjunto con valor, audacia, inteligencia... las piezas del rompecabezas parecen tomar su lugar si a esto le añadimos que la carne cocinada al fuego además de sabrosa es más digerible¹² (rasgo que coincide con la retracción de las mandíbulas y los dientes para dejar más espacio a la caja craneana) y que en torno al fuego aterrorizadas y dependientes mujeres “cocinan” las míseras basuras que levantaron de por ahí y calientan a los hijos mientras los varones conversan sobre los méritos de cada cual en la expedición y pintan los animales que desean cazar en la próxima... El varón cazador, inventor de armas y ejércitos, ritos, tradiciones, detentor de la sabiduría, es también el artista que se representa un mundo para poder dominarlo.

Y la imagen puede ser válida, sólo que en todo caso, bastante tardía. Mucho antes de empuñar una lanza junto a otros para matar al mamut, varones, mujeres y niños, en muy distintas modalidades a lo largo de millones de años, anduvieron recolectando plantas, raíces, frutos, huevos, insectos, robando carroña las más de las veces, cazando presas menores ocasionalmente (alguna camada de ratones, alguna culebrilla) y comprendiendo agudamente a propios y “extraños”; reconociendo hábitos y preferencias (cómo anidan, se aparean, cazan, se pelean, cómo marcan su paso o su territorio,

cómo mueren algunas plantas y animales). Pero esta actividad tan menospreciada por la literatura paleoantropológica¹³ bien pudo ser la que filogenetizara las capacidades para la atención, la observación, la experimentación y la conversación no menos que el desarrollo técnico, cooperativo y social. Los conocimientos tradicionales sobre herbolaria son hoy un punto incómodo para quienes sobrevaloran la hipótesis del cazador como fundador de la humanidad, pues ponen de manifiesto la exigencia de agudeza y finura sensorial y mental para la detección de huesos, dientes, piedras, huevos, tallos, flores, frutos, raíces en su punto para cumplir con fines específicos (comer sin envenenarse, curar, adornarse, usar como materia prima).

Sólo a través de este recuento la larga prehistoria recolectora, forrajeadora, adquiere consistencia la antropología hermenéutica¹⁴, sin duda la más adecuada y convincente de todas. Sólo así hay alternativa a la visión creacionista o emergentista de que por un *fiat* divino apareció en este planeta una especie dotada de *mundo*, es decir, de un horizonte de comprensión en el cual vive según las significaciones que va tejiendo al interpretar. La génesis del *animal simbólico*, según la clásica definición de Cassirer, sólo me es inteligible en el marco de esas acciones vitales, comprensoras, prehistóricas. Sin ellas la neohermenéutica me parece un dogma de fe. Unas líneas de Arnold Gehlen ponen en claro la piedra de toque de esta radical ontologización del comprender (además de las formulaciones heideggerianas y gadamerianas, del tipo “el ser cuya esencia es su propia posibilidad” o “el ser a quien su ser se le va en su comprender(se)”):

...existe un ser vivo, una de cuyas propiedades más importantes es la de tener que adoptar una postura con respecto a sí mismo, haciéndose necesaria una “imagen”, una fórmula de interpretación. Con respecto a sí mismo significa: con respecto a los impulsos y propiedades que percibe en sí mismo y también con respecto a sus semejantes, los demás hombres, ya que el modo de tratarlos dependerá de lo que piense acerca de ellos y de lo que piense acerca de sí mismo. Pero esto significa que el hombre *tiene que* dar una interpretación de su ser y, partiendo de ella, tomar una posición con respecto a sí mismo y a los demás, cosa que no es fácil (...) El hecho de que el hombre se entienda a sí mismo como imagen de Dios o bien como un mono que ha

tenido éxito, establecerá una clara diferencia en su comportamiento con relación a hechos reales. También en ambos casos se oirán muy distintos tipos de mandatos dentro de uno mismo.¹⁵

Así pues, el lenguaje es la forma comprensible del mundo, lo que permite decir y comprendernos de tal o cual modo y hacia tal o cual horizonte. Aprender la lengua materna es aprender las consignas de cierta política de realidad, escuchar ciertos mandatos según las (auto)interpretaciones que estemos realizando. No es lo mismo incluirse automáticamente en la política de realidad de “La evolución del hombre” que empezar a dudar de su neutralidad y universalidad, afirmando una experiencia sobre la antropogénesis *común* (para varones y mujeres) pero *diferenciada*.

El siguiente apartado hace referencia a un caso ejemplar de cómo se obedece al mandato interno de participar en el terreno común desde la afirmación de la diferencia.

3. Y ANDABA YO MUY CAMPECHANAMENTE LEYENDO A MARIFLOR AGUILAR CUANDO DE REPENTE....

Según dice María-Milagros Rivera, las grandes emancipadas (Zambrano, Weil, Stein, Arendt, Campo) se situaron por encima de las leyes de la gramática —feminista—, “empleando sin problemas el masculino como el genérico y la palabra ‘hombre’ para referirse a toda la humanidad, y, a veces algunas se refieren a sí mismas en masculino”. Este uso lingüístico al principió la inquietó y molestó: “me parecía —dice— una debilidad que las achicaba, una falta de conciencia feminista (...) Para acabar de complicar las cosas, la mayoría de esas autoras del siglo XX no se habían interesado por el feminismo o habían, incluso, escrito contra él”.¹⁶

Rivera recupera a las emancipadas del siglo XX comprendiendo que su gramática estaba en otra situación, ante otro horizonte hermenéutico, en el cual para empezar el primer capitalismo “todavía no consumaba el proceso de supresión de lo femenino de su campo semántico”. No sólo les perdona su debilidad, sino que valora su autoridad en la genealogía feminista. Lo que nos toca a las que sobrevivieron

mos a la consumación del capitalismo pertenece a otro horizonte; acá “ni el masculino como genérico ni la palabra ‘hombre’ incluían ya a esas mujeres porque lo materno había sido casi del todo usurpado (...) mi generación quizo que esas leyes se doblegaran a su deseo específico de significación.”¹⁷

Y ya estamos más o menos acostumbradas a los espacios normales de este “deseo de significación”: aludimos en femenino y masculino (la forma más aceptable en medios electrónicos de comunicación), ponemos una diagonal o paréntesis para el género gramatical que queremos incluir (¡ay, cuál discriminar a ese rincón!) o utilizamos la bifronte arroba [@] que tiene ventajas ideológicas pero desventajas tipográficas. Así la vamos llevando; lenguaje inclusivo y “políticamente correcto” para espacios y tiempos de feminismo, ajuste automático tratándose de espacios y tiempos no feministas (sin ser necesariamente antifeministas). Pongo las arrobas en mis textos pero no me crispera que l@s filósof@s-antropólog@s utilicen el masculino como universal. Voy de corrido sobre líneas que dicen “Sólo el hombre es capaz de preguntar; cosa que no pueden hacer ni la planta ni la piedra ni tampoco el animal”¹⁸ sospechando que algo falla en esta apreciación, pues ¿cómo sostener que el hombre sí es capaz de preguntar y el animal no —¿como si fuera un *alter* uniforme y monolítico!—? ¿qué pretende un juicio de este tipo? ¿poner en un pedestal la maravilla que nosotros hacemos y que nada más en este mundo hace? Con todo eso me peleo, pero por principio me es obvio que “hombre” incluye aquí a “mujer”. “Se sobreentiende” que así sea.

Es como si una desde siempre tuviera a punto el sistema de la inclusión automática estimativa. Leo *fem* y no me suelo incluir cuando dice “los hombres”, pues sé que en ese contexto puede significar “varones”. Leo un texto cuyo sujeto de la enunciación es la primera persona del singular (tipo autobiográfico) y no me extraña que decline las palabras con el género gramatical que le toca. Pero en los ensayos filosóficos se utiliza mucho más la tercera persona del plural (“nosotros”), en parte porque el texto filosófico es dialógico, polémico, en parte porque persigue la afinidad de quien lo lea, como si nos invitase a integrarnos a un colectivo “simbólico”, no necesariamente empírico.¹⁹

Pues andaba yo muy campechanamente empezando a leer un ensayo sobre Habermas y Gadamer, santones de la filosofía contemporá-

nea. Había recorrido el primer párrafo de la Introducción cuando de repente el texto estalla en una letra, me obliga a detener la lectura, cerrar los ojos, sacudir la cabeza, volverlos a abrir para revisar el título, correr a la bibliografía, repasar el párrafo leído, rascar sobre la letra a ver que no fuese una mancha, imaginarme el color de las pastas (lo tengo en fotocopia) y sin embargo no salir de mi estupor. Ante mí, en una obra filosófica, sin ninguna advertencia para los lectores —varones— estaba *eso*: entre enigma, evidencia, soberbia, sencillez, provocación o quizá benevolencia: “... circunstancias particulares *nos* acercaron al pensamiento de J. Habermas (...) A partir de aquí fueron tomando forma para *nosotras* dos problemas: primero la cuestión de cómo se relaciona la crítica con la hermenéutica...”²⁰

¿*Nosotras* se refiere dos o más mujeres concretas, con nombres y apellidos? No es el caso. ¿Es el correlato del gentil y retórico *nos* —de “nos acercaron”— pero dicho por una mujer? Y si es así, ¿por qué elige Aguilar este partir-de-sí que de inmediato excluye a sus lectores varones? ¿Qué tan pasivo y cordial es este ejercicio del deseo de significación? Si *nosotras* nos habíamos acostumbrado a incluirnos “obviamente” en los *nosotros* ¿deberán ellos acostumbrarse a incluirse en los *nosotras*? Lo que más destaca es la finura, la sutil militancia feminista de Aguilar en este libro, pues no detiene el flujo de la reflexión en pos de su objeto sino que se insinúa en la total espontaneidad de esa /a/. Si Rivera recuperaba el valor de las emancipadas al situarse por “encima de la ley”, a la par que justificaba a las feministas contemporáneas en su afán por lograr que la ley se plegara a su deseo de significación, lo que encontramos en estas líneas de Mariflor Aguilar es un luminoso momento de convergencia entre los dos horizontes: está ocupada en hacer filosofía de la confrontación entre crítica y hermenéutica, pero permite que asomen las inquietantes raíces —o flores— de la conciencia feminista.²¹

En síntesis, *nosotras* mantenemos una relación muy variable y plástica con las palabras y con las cosas por ellas referidas. Empezando por la cosa que es una misma, ese sujeto de la enunciación en primera persona del singular que siendo singularísimo no puede mostrar su género gramatical hasta que se extiende al plural. Ir hacia las cosas, hacia las ideas, ocurre siempre con y a contrapelo de las palabras. A veces la batalla por la significación tiene que

ser campal y sin tomar rehenes —como en la abominable “Evolución del Hombre”—; otras veces, como ilustra Mariflor Aguilar, es posible insinuar leve y serenamente esa batalla para tratar de ganar la guerra. *Am*

- ¹ Por lo cual la gestación avanzada y el parto se dificultan.
- ² El hombre en evolución es fundamentalmente un “artillóforo”, lo cual puede significar “que transporta artillería” o “que transporta arte” (ars, técnico).
- ³ Cabe aclarar que este comportamiento instrumental, la “muerte limpia”, no es exclusivo del género Homo. Aunque las pandillas de machos chimpancés prefieren matar a un congénere aislado con sus propias manos y colmillos, nada les impide arrojar proyectiles —en ocasiones definitivamente letales, dependiendo de las destrezas particulares del grupo— a los extraños indeseables. Ver Sabater Pi, *El chimpancé y los orígenes de la cultura* (1978). Anthropos, Barcelona, 1998.
- ⁴ Ver Tanner and Zihlman, “Women in Evolution”, en *Women the Gatherer*, pp. 599 y ss; Noske, *Beyond Boundaries. Humans and Animals*. Black Rose Books, Montreal, 1997, pp. 112-113; Tournier, *El Rey de los Alisos* (1970). Trad. Encarna Castejón. Alfaguara, Madrid, 1992, pp. 106 y ss.
- ⁵ Para un excelente ensayo sobre la tendencia antisocial en las concepciones filosóficas del hombre, ver Todorov, *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Taurus, Madrid, 1995.
- ⁶ El libro de Evelyn Reed, *La evolución de la mujer. Del clan matriarcal a la familia patriarcal* (1975). Fontamara, México, 1994, título que más se aproxima a esto que una imagen plasmaría en un sólo golpe de vista, tampoco considera esta omisión icónica en su crítica a la sociedad patriarcal. Esta obra, fruto del aguerrido entusiasmo de una culta bibliotecaria, no tiene buena acogida entre las feministas académicas (especialmente antropólogas), pues sin sistematicidad ni rigor demostrativo va ensartando lo que ella considera más digno de sus lecturas. Sin embargo, habría que revalorar algunas de sus intuiciones que, si bien no caben como literatura antropológica especializada, sí pueden ser de interés filosófico.
- ⁷ Concepto clave para la caracterización filosófica del ser humano. Ver Todorov, *op. cit.*
- ⁸ Resultan muy prejuiciadas las representaciones que devalúan la recolección al verla como una actividad menor, que no estimula las potencias cognitivas, cooperativas y lingüísticas, mientras que todo esto se le atribuye a la caza de grandes animales.
- ⁹ “El hombre no pertenece sólo al pasado (dimensión fundamental en la memoria que comparte con otras especies animales) y al presente (actualidad concretada en la acción), sino también —¡y en qué medida!— al porvenir, a lo que *no está en lugar* (...) a la *utopía*”. Lorite Mena, *El animal paradójico. Fundamentos de Antropología filosófi-*

ca. Alianza, Madrid, 1982, p. 14.

- ¹⁰ El bipedismo “crónico” tendría unos 4 mda; la primer salida de Africa algo menos de 2 mda; la presencia en Asia y los rincones de Europa entre 1.5 y 1 millón de años. La caza mayor, a la que tanto ligam herramientas sofisticadas tendría “apenas” 800 mil años. La caza mayor tiene por condiciones de posibilidad el forrajeo, la recolección y la caza menor; tras su aparición, la caza mayor desestructuraría el orden precedente para instaurar uno nuevo, más familiar para nosotros los civilizados.
- ¹¹ La paternidad es una construcción social tardía (quizá no antes de un millón de años atrás), no necesariamente asociada a la fecundación de un óvulo por un espermatozoide. Ver Lorite Mena, *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*. FCE, México, 1987.
- ¹² La carroña parece competir en esto con la carne cocida al fuego, pues también se puede considerar rica en sabores, de fácil desgarre y digestión.
- ¹³ Ver, Sally Linton, “La mujer recolectora: sesgos machistas en antropología”, en Harris y Young, *Antropología y feminismo*. Anagrama, Barcelona, 1979.
- ¹⁴ Ver Lanceros, Patxi, “Antropología hermenéutica”, en *Pensar lo humano. Actas del II Congreso Nacional de Antropología Filosófica*. Iberoamericana/SHAF, Madrid, 1997, pp. 405-418.
- ¹⁵ Gehlen, *El hombre* (1974). Sígueme, Salamanca, 1980.
- ¹⁶ Rivera, *El fraude de la igualdad*. Planeta, Barcelona, 1997, pp. 65-68.
- ¹⁷ Idem, p. 69-70.
- ¹⁸ Coreth, *¿Qué es el hombre?* (1973). Herder, Barcelona, 1991, p. 29.
- ¹⁹ Desde luego, hay otras razones y sentidos empleados, como por ejemplo el irónico.
- ²⁰ Aguilar, Mariflor, *Confrontación. Crítica y Hermenéutica*. Fontamara/UNAM, México, 1998, p. 10. El énfasis es mío.
- ²¹ El sujeto de la enunciación en primera persona del plural y en masculino la mayor parte de las veces parece depender de que la autora se refiera a comunidades empíricas de mujeres y varones. Así: “Entre *nosotros*, Adolfo Sánchez Vázquez representó —y representa— al marxismo crítico” (p. 9, nota 1); “... pueden refutarse aspectos de su formulación, como lo hacen entre *nosotros* también Carlos Pereda y Hans Sättele” (p. 188). En otras ocasiones cabe la duda de si se dice “nosotros” como por inercia o si se refiere a una comunidad empírica mixta: “*Nosotros* creemos, sin embargo, que además de la lectura de Merquior sí hay en Foucault...” (pp. 47-48). Cuando emplea el femenino no cabe duda de que habla como autora del ensayo, conjugando la pretensión de validez universal del discurso (en el sentido de invitación a la reflexión y exposición de razones) con la singularidad de ser mujer: “*Nosotras* creemos que debido a que ambos aspectos suelen concebirse indisolublemente unidos...” (p. 196, todos los énfasis son míos).